

La hija del barrendero

Xavier
Dueñas



Nota del autor

A veces el mundo parece dividido entre quienes tienen permiso para entrar y quienes solo pueden quedarse al margen, observando desde lejos. Pero hay miradas tan hondas, tan verdaderas, que incluso sin romper el silencio logran abrir rendijas en las puertas más cerradas.

La hija del barrendero nació de una pregunta que me atravesó sin defensa: ¿Qué ocurre dentro de una niña cuando se le niega todo lo que sueña, y, aun así, en lugar de rendirse, decide seguir soñando igual?

Este relato no intenta explicar un país ni resumir una cultura; no pretende hablar en nombre de nadie. Solo busca acompañar —con respeto, con humildad, con ternura— a una niña sin nombre que, cada día, limpia con sus manos lo que otros pisan sin mirar, y que, sin necesidad de alzar la voz, guarda en el centro de su pecho una semilla de luz.

Escribí esta historia para que esa semilla no se pierda.

Xavier Dueñas <https://xavierduenas.es>

Prólogo

Hay vidas que transcurren en los márgenes, no porque les falte luz, sino porque nadie se detiene a mirarlas. Este es el retrato de una de esas vidas: la de una niña que nace donde germina el silencio, que crece entre polvo y ausencia, pero que aun así sostiene con firmeza un deseo capaz de atravesar el barro, el desprecio y la costumbre sin apagarse.

No hay héroes aquí. Tampoco milagros. Solo una niña, una escoba, una verja, una espera. Y a veces, basta un gesto mínimo —una tiza blanca, una mirada sin juicio— para que el mundo se desplace un milímetro. Y cuando eso ocurre, todo tiembla.

Este relato es para quienes aún creen que la ternura puede ser una forma de resistencia.

La hija del barrendero

Cada mañana comienza antes que el día, en ese momento en que la luz aún no ha nacido, en que las voces todavía duermen, en que el mundo respira hondo, demorando su despertar como si necesitara recordar quién es antes de abrir los ojos. Ella los abre sin sobresalto, con la certeza serena de quien ha aprendido que el sueño es apenas un paréntesis breve entre dos silencios. No hay sábanas ni relojes, solo un catre de cuerda tensa que cruje bajo su cuerpo delgado, y una brisa de ceniza que se cuela por los huecos del tejado, trayendo consigo el olor de la leña mal quemada y del barro seco que se agrieta más allá del umbral.

A su alrededor, los cuerpos dormidos de sus hermanos se confunden con la penumbra. Nadie se mueve, solo su padre, que en silencio ya se ha puesto en pie, ata con firmeza el manojo de varillas secas con que cada día transforma el polvo en un suelo nuevo. Ella se incorpora sin decir palabra, recoge el pañuelo que le cubre el pecho, roza un instante el cuenco de latón donde más tarde beberá algo parecido a la leche, y sale tras él, siguiendo una senda que sus pies conocen desde siempre, sin necesidad de pensarlo.

Camina un paso detrás, con los brazos pegados al cuerpo y los ojos fijos en la tierra. La calle se extiende abierta, plena de huellas que el viento borra y que cada paso vuelve a escribir. A esa hora nadie la ve, y en ese anonimato encuentra un alivio secreto: el de no ser mirada por quienes escupen al pasar, por quienes apartan a sus hijos, por quienes bajan la voz cuando su sombra se desliza por la esquina.

Y, aun así, mientras camina junto a su padre, con la escoba al hombro y el corazón en silencio, algo en ella brilla. No se nota por fuera, pero arde dentro con la obstinación de una certeza pequeña: mientras la ciudad duerme y las puertas permanecen cerradas, el mundo aún no ha decidido quién puede entrar y quién debe quedarse fuera. Y en ese tiempo sin dueño, ella ya ha salido a su encuentro.

Cuando llega a la entrada de la escuela, el sol aún no ha disuelto la bruma y las sombras, alargadas y perezosas, se resisten a abandonar la tierra. Ella se detiene un instante antes de traspasar la frontera invisible que separa la calle del territorio ajeno. No hay cartel que lo señale, pero su cuerpo sabe con exactitud hasta dónde puede avanzar. Se arrodilla entonces en ese límite, donde el polvo se amontona, paciente, aguardando su llegada.

La hija del barrendero

Saca la escoba del saco que lleva al hombro y comienza a barrer, sin prisa, sin fuerza, con esa delicadeza que sólo conocen quienes cuidan algo que no les pertenece. No necesita que nadie la vigile, porque en ese gesto hay algo más antiguo que la obediencia: una fidelidad sin testigos, una forma de presencia que no necesita ser confirmada. Sus manos se mueven con ritmo, como si tejieran un canto secreto, y con cada barrido parece querer allanar el camino a alguien que nunca llega, pero cuya ausencia ella reconoce.

Sus ojos recorren cada partícula de tierra, cual letras de un idioma aún por descifrar y que, sin embargo, ya entienden su melodía. Sus dedos, oscuros y finos, apartan del umbral una flor seca, un trozo de papel arrugado, una pequeña piedra extraña. En cada objeto que retira late un acto de amor callado, un cuidado humilde: aquel fragmento de suelo se convierte en un altar sin nombre al que vuelve cada día.

Ella nunca ha cruzado esa puerta, nunca ha subido los escalones que llevan al patio, nunca ha pisado las baldosas que relucen más allá de la verja. Pero ha memorizado cada grieta del peldaño más bajo, ha aprendido dónde se junta el agua cuando llueve, dónde nacen las primeras hormigas con el calor. Conoce ese umbral como quien conoce el borde de un sueño que siempre regresa, como quien acaricia lo que no tiene, pero no olvida. Y cada mañana, al limpiar, lo toca con la delicadeza de quien saluda a lo que ama.

El primer sonido que anuncia la llegada de los otros no es una voz, sino una risa aguda que corta el aire con la precisión de un cuchillo. Llega desde la esquina, mezclada con el roce de mochilas recién lavadas y el crujido de zapatos que no han conocido el barro. Son niños que avanzan en grupos desordenados, arrastrando su despreocupación con la misma ligereza de quien camina por un mundo hecho a su medida. Llevan los uniformes planchados, el cabello peinado con esmero, las miradas limpias de culpa; en ellos, la belleza de cada gesto parece no haber sido elegida, sino recibida, como una herencia que no requiere conciencia.

Ella no se mueve de inmediato. Termina de barrer el último rincón con la misma calma, convencida de que ese instante, aún suspendido en el aire, le pertenece por derecho propio. Pero cuando el primer pie pisa el escalón, cuando los ecos del patio se llenan de saludos y carreras, ella da un paso atrás. No lo hace con miedo ni con rabia, sino con ese tipo de respeto que uno aprende cuando ha sido educado para retirarse a tiempo. Se aparta con el cuerpo alerta, con la conciencia punzante de que su sola existencia podría ser vista como una mancha sobre aquello que ha dejado limpio.

La hija del barrendero

Permanece allí, inmóvil, con la escoba apretada contra el pecho, los ojos fijos en la línea que su trabajo ha trazado: esa franja de tierra que ahora brilla apenas bajo los pies ajenos. Nadie la mira. Nadie agradece que el suelo esté limpio, que las hojas no entorpezcan el paso, que los charcos de barro hayan desaparecido. Pasan junto a ella sin mirarla, reconociéndola apenas como parte del paisaje: un pedazo de acera, una sombra extendida, el vestigio de una noche que aún no termina de ceder. Y, sin embargo, ella sigue allí, erguida, serena, porque también esperar es una manera de permanecer viva.

LO QUE SE VE DESDE FUERA

Cuando termina de limpiar, no se marcha enseguida. Se acomoda en cuclillas junto a la verja lateral, en esa franja donde el sol aún no alcanza a calentar y el polvo flota suspendido, inmóvil, como si aguardara una decisión que nadie tomará. Apoya el mentón sobre las rodillas, entrelaza los dedos alrededor de las piernas, con ese gesto suyo que no proviene del cansancio ni de la defensa, sino de una forma de recogimiento profundo, de una manera callada de habitar el mundo desde un rincón estrecho, íntimo, donde el cuerpo parece querer hacerse pequeño para encontrar el espacio exacto desde donde mirar.

Desde allí, entre las rendijas oxidadas del portón, contempla ese otro mundo al que no pertenece y que, sin embargo, le habla con una voz que no suena, pero que ella escucha. El patio comienza a llenarse poco a poco de figuras en movimiento, de carpetas de colores, de voces que se empujan unas a otras con la misma ligereza con que las olas tocan la orilla antes de retirarse. Ella no entiende del todo lo que dicen, pero se inventa los significados, los traduce en su interior con la convicción firme de que también el lenguaje puede reconstruirse con la mirada. Se pregunta cómo suena la campana que nunca ha oído de cerca, cómo cruje una hoja nueva bajo los dedos, qué aroma se libera del interior de un libro abierto por primera vez.

Y aunque jamás ha pisado ese patio, aunque nunca ha rozado un pupitre ni ha sentido el eco de su nombre dentro de un aula, sabe, sin saber cómo, que hay algo allí que le pertenece. No porque lo haya vivido, sino porque lo intuye, porque lo presiente en el temblor del alma, en esa certeza inexplicable que a veces brota desde lo más hondo, como una memoria ajena que la habita en silencio y se esconde en esas paredes, aguardando su regreso. Se interroga sobre la forma que adoptarían sus dedos al sostener un lápiz, sobre la curva que trazaría su nombre

La hija del barrendero

en una hoja blanca, sobre la emoción callada de ver nacer una letra desde su propia mano, con la misma fuerza con que una flor se abre desde la grieta de la tierra seca.

Guarda silencio, pero en su interior se cuenta esa historia en voz baja, sin sonido, como quien reza hacia dentro, como quien escribe con el pensamiento. Y en ese relato invisible, en esa voz que solo ella escucha, encuentra un lugar. No dentro de la escuela, todavía, pero sí en ese espacio suspendido entre el deseo y la imagen, entre el umbral y la promesa, allí donde la esperanza no se enseña, pero se aprende igual.

Uno de los niños que juega cerca del borde del patio se ha detenido. Su cabello brilla, el uniforme está impecable, sin polvo, sin pliegues, y en sus ojos hay una seguridad antigua, demasiado sólida para un cuerpo tan pequeño. La ha visto. Ella lo sabe por el modo en que su cuerpo se detiene, por el silencio que irrumpe, por el hueco que deja ese ver en la escena, como si una grieta se hubiese abierto en un paisaje antes intacto. No dice nada ni se burla. Solo arruga un papel entre los dedos, lo aprieta con rabia muda y lo lanza con puntería feroz hasta hacerlo caer justo a los pies de la verja.

El papel rebota y queda allí, temblando aún con el eco de lo que ha sido. Ella lo mira sin asombro, con la serenidad de quien reconoce una señal antigua, con la dignidad de quien ha aprendido que algunas heridas llegan sin palabras. No se levanta, no responde, no cambia la expresión del rostro. Solo alarga el brazo, recoge el papel con una lentitud casi sagrada, y lo guarda en el bolsillo del vestido, como quien protege algo que merece ser guardado.

Sabe que no es la primera vez y que no será la última. Sabe que ese desprecio no empezó con ella, que viene de lejos, de un tiempo que no ha vivido pero que ha heredado, como se heredan los silencios, como se siembran sin querer las semillas del rencor que otros riegan sin saberlo. Pero también sabe que ese papel, aunque sucio, aunque arrugado, es lo único que ha cruzado la verja hasta su lado. Y por eso lo conserva, no como trofeo ni como ofensa, sino como testigo: algo del otro mundo ha llegado hasta ella. Y aunque haya dolido, aunque nazca del desprecio, también eso es parte del camino.

Se queda un momento más junto a la verja, mientras el murmullo del patio crece y se expande como una marea que no la alcanza. Las voces se entrelazan con una melodía sencilla, una canción repetida en coro que flota por encima de los cuerpos buscando un lugar donde posarse. Ella la escucha sin pronunciarla, la saborea por dentro, la repite sin voz, convencida de que, al hacerla suya, quizá algún día pueda entrar sin pedir permiso.

La hija del barrendero

Mira sus manos, cubiertas de ese polvo fino que no se borra con agua porque no nace solo de la tierra, sino del lugar que se ocupa en ella. Las observa como quien contempla algo frágil y precioso al mismo tiempo. Luego alza la vista hacia el aula, donde cuelga una pizarra verde, apenas manchada, con letras que desde su lugar parecen pequeñas, pero que en su imaginación se alzan grandes, claras, como si fueran el mapa de un destino todavía invisible.

Y entonces piensa con esa quietud que tienen los pensamientos cuando vienen de lo profundo. Si supiera escribir, escribiría su nombre en ese papel arrugado. Porque un nombre escrito con la propia mano es un hogar. Y un hogar es algo que nadie debería poder arrebatarse.

Y al imaginarlo, aunque el papel duerma en su bolsillo y la pizarra esté demasiado lejos, algo en ella se afirma con una fuerza nueva: el alma, por fin, ha encontrado una pared donde apoyarse, un lugar firme que la sostiene sin pedir nada a cambio.

EL DÍA DE LA LLUVIA

Desde temprano, el cielo ha despertado con el alma encogida, reuniendo allá en lo alto una tristeza antigua que, por fin, se atreve a pronunciar su nombre. Las nubes, primero suaves, dispersas, apenas un susurro de sombra, han ido cobrando densidad y peso, han ganado movimiento, han extendido su piel hasta cubrirlo todo con una capa espesa, como un manto contenido que tiembla en su borde antes de rasgarse. Y cuando estalla el primer trueno, no es solo ruido lo que trae, sino una señal, un llamado hondo, una herida que el cielo deja caer sobre la tierra con toda la carga de agua retenida durante días.

Las gotas no caen, se precipitan. Descienden con furia, con la urgencia de quien desea borrar de golpe los días acumulados en polvo, en espera, en silencio. En apenas unos segundos, los charcos nacen en las grietas, el barro asciende por los bordes de las piedras, las hojas se desploman, huérfanas, sin saber a dónde regresar. Los niños corren, chillan, atraviesan el portón cubriéndose el rostro, abrazando sus mochilas contra el pecho, como si en ellas llevaran lo único capaz de resguardarlos del mundo, buscando en el aula el refugio tibio, limpio, seco que el cuerpo reconoce como casa. Las maestras cierran las puertas con premura, se sacuden los velos empapados, se esconden tras los cristales empañados con ese gesto rápido de quien huye del frío sin mirar atrás.

Pero ella no corre. Permanece bajo la lluvia que le empapa el cabello, que le pega la ropa al cuerpo, que cae como una segunda piel más fría, más real, más suya. La escoba, esa extensión cotidiana de sus manos, se vuelve torpe, resbala, titubea entre los dedos. Pero ella sigue. Barre

La hija del barrendero

una y otra vez la entrada, aunque el barro vuelva, aunque las hojas regresen, aunque todo parezca repetirse sin remedio, porque en cada barrido hay una afirmación, una presencia que insiste incluso cuando todo alrededor parece negar su lugar.

Porque mientras todos corren a protegerse, ella permanece. Porque en medio de la confusión, su fidelidad se vuelve visible, una chispa diminuta que brilla, obstinada, en medio del lodo. Y aunque tiemble, y aunque el agua la envuelva entera, elige quedarse, porque hay territorios que no se abandonan, aunque se inunden, porque hay gestos que no se repiten por costumbre, sino por amor.

Entre los pasos que se apresuran, entre los gritos que revientan como burbujas alegres bajo la tormenta, una niña tropieza al subir los escalones. Es solo un instante, un leve desliz, pero suficiente para que la mochila se abra y un cuaderno delgado, de tapa azul doblada, resbale hasta el suelo, golpee el cemento húmedo y quede allí, temblando en su indefensión, recibiendo sin escudo el golpe constante de la lluvia.

Ella lo ha visto todo desde su rincón, con los pies enterrados en barro, con la escoba dormida entre las manos. Durante un momento suspendido más allá de lo visible, el tiempo parece detenerse, entregándole ese respiro que solo concede a quienes están a punto de entender algo esencial. Da un paso, y luego otro, con la solemnidad de los gestos verdaderos. Se agacha, toma el cuaderno con ambas manos, lo sostiene como quien toca algo que no le pertenece pero que, sin embargo, la nombra.

La tapa está manchada de barro, las hojas empapadas comienzan a borrar las letras que allí vivían, como si el lenguaje, herido, también intentara escapar del abandono. Aun así, lo abre con cuidado, hoja por hoja, con la reverencia de quien busca en un libro la clave de una verdad escondida. Observa el trazo firme del lápiz, la calma del cauce que esas palabras han seguido, y aunque no las entiende, sabe que ahí dentro, en ese lodo escrito, hay vida.

Y mientras el agua cae, y su cuerpo tiembla, hay una luz nueva en sus ojos. No la da el cielo, sino una sed antigua, una sed que no se apaga con lluvia, que se llama deseo, que se llama pertenencia, que se llama palabra.

Durante un instante enorme, sostiene el cuaderno contra el pecho, con la esperanza absurda de que el calor de su cuerpo baste para secarlo, para entenderlo. Siente el peso leve de esas páginas mojadas, una promesa tibia entre los dedos, una caricia inesperada, una posibilidad que ha tocado el borde más profundo de su alma. Mira hacia la verja. La niña ya ha entrado. No ha notado la pérdida, y quizá, incluso si mirara hacia atrás, no sabría cómo nombrarla.

La hija del barrendero

Duda. No por codicia, sino porque algo profundo —un impulso sin nombre, pero con raíces— la empuja a guardarlo, a protegerlo, a esconderlo como quien recoge del barro una flor arrancada de un jardín que no le pertenece. Pero en medio de la lluvia que arrecia, del barro que le cubre los tobillos, del trueno que sacude las ramas, se echa a correr.

Sus pasos salpican agua, su vestido se ciñe al cuerpo, sus trenzas se deshacen al viento. Llega a la puerta justo antes de que se cierre, extiende el brazo y entrega el cuaderno con la timidez de quien devuelve algo amado sin haberlo poseído. La niña lo toma sin mirar, sin preguntar, sin decir nada. Y ella, sin esperar otra cosa, gira sobre sí misma y regresa al umbral, a ese borde donde el mundo se parte para quienes nacieron de este lado de la reja.

Vuelve más mojada que antes, con los pies hundidos en barro y las manos vacías. Pero hay en su rostro una luz distinta, una claridad leve, una sonrisa apenas dibujada que no busca ser vista. Porque ahora sabe que ha tocado algo que no se borra con el agua, algo que, aunque ya no lo tenga, ha dejado en ella una huella que no se desvanece. Y en ese saber, hay descanso. Hay fuerza. Hay una forma de luz.

EL CUENCO DE LATÓN

La noche descende con lentitud sobre el cuartito que apenas los cobija. En el rincón donde el suelo es menos frío, la niña se agacha y lava su cuenco de latón, ese cuenco que le pertenece con la fidelidad silenciosa de los objetos que han aprendido la forma exacta de unas manos. Lo limpia sin prisa, con una tela húmeda que huele a humo antiguo y a leche aguada, frotando cada mancha con la paciencia de quien ha comprendido que lo poco se vuelve sagrado cuando es lo único que se tiene.

El padre está cerca, sentado sobre un ladrillo, con los brazos apoyados en las rodillas y la mirada detenida. Su cuerpo se ha fundido con la penumbra, como si ya fuera parte de ese espacio donde nada sobra, donde todo cumple una función precisa, incluso el silencio, espeso, que los rodea como una manta invisible.

Ella frota una vez más el interior del cuenco, lo deja escurrir sobre las piernas, y sin levantar los ojos ni tensar la voz, pregunta como quien enuncia una verdad que ha ido creciendo por dentro, despacio, sin estridencia, buscando una confirmación:

—¿Por qué no puedo entrar a la escuela como los otros?

La hija del barrendero

El padre no responde de inmediato. La pregunta queda suspendida entre ambos, flotando con la densidad del humo que aún emana de la cocina ya apagada. Al cabo de un momento, sin moverse, con una voz que no pretende ser dura pero que no sabe cómo ser otra, dice:

—Hay cosas que no están hechas para nosotros.

No la mira. No por falta de amor, sino porque sus ojos han visto demasiado, porque hay respuestas que duelen más que las preguntas, y porque hay frases que ningún padre debería decir, aunque las lleve tan dentro que ya se confundan con la sangre.

Durante un instante largo, el cuenco gotea sobre sus rodillas y el cuarto entero permanece suspendido, con el aire aguardando en silencio, la grieta mínima por donde pudiera colarse otra voz, una negación, un temblor capaz de romper la sentencia. Pero ella no rompe nada. No alza la voz, no discute, no insiste. Mira sus manos aún abiertas, mira el metal que conserva el calor de su piel, y con una voz baja, firme, como quien acaricia con las palabras en lugar de herir, responde:

—Yo solo quiero escribir mi nombre.

Su claridad es tal que basta con haberla dicho una vez para que lo demás se calle. No busca convencer, ni lograr nada. Está tejida como esas semillas que caen sin ruido y sin embargo guardan dentro el bosque entero.

Desde el rincón donde remienda una prenda deshilachada, la madre ha escuchado. No deja la costura, la aguja sigue su recorrido con la misma constancia de siempre, pero la tensión en sus hombros revela un temblor leve, una inquietud que ha empezado a abrirse paso por dentro. Tal vez una pena antigua, tal vez una memoria sin nombre. El hilo continúa. La niña permanece sentada. El padre no añade más palabras.

Y en ese silencio donde ya no caben más sonidos, la semilla ha sido plantada.

Cuando termina de secar el cuenco, lo deja con los otros, en esa esquina donde los metales descansan juntos, iguales, como si compartieran un destino hecho de espera, de repetición, de quietud. Luego se recuesta en el catre, aún tibia del esfuerzo, pero con el alma llena de algo que no sabe cómo llamar, algo dulce y denso como una lluvia profunda que no ahoga, pero llena.

Se acomoda de lado, con las piernas recogidas y las manos bajo la mejilla, repitiendo el gesto antiguo de los días en que creía que todo podía cumplirse si lo pensaba muy fuerte antes de dormir.

La hija del barrendero

Sobre su cabeza, una rendija en el techo de hojalata deja filtrar el cielo. Por ahí a veces entra la lluvia, pero esta noche entra una estrella. Solitaria, temblorosa, firme, se queda allí, buscando también su lugar en el mundo, como una presencia callada que anhela pertenecer. La niña la observa sin pestañear, queriendo aprender su forma, convencida de que en esa luz hay un idioma antiguo que alguna vez supo y al que desea regresar.

Entonces cierra los ojos. No para dormir aún, sino para imaginar. Se ve en otro lugar, con los pies descalzos sobre un suelo distinto, con una tiza en los dedos y una hoja blanca esperándola. Se ve escribiendo despacio, trazo a trazo, hasta que su nombre toma forma completa. Y cuando lo termina, lo oye: una voz lo pronuncia en voz alta. No sabe de quién es, pero la llama sin vergüenza, sin temor. La nombra con la certeza de quien ha reconocido algo valioso.

Y con esa imagen ardiendo en el pecho, con esa lámpara encendida por dentro, se deja ir al sueño.

EL GESTO

El día despierta con la misma lentitud de siempre, arrastrando desde el fondo de la noche un murmullo indeciso que se despliega sobre los techos como un animal dormido que, al estirarse, aún conserva la tibieza del sueño. El aire huele a humedad detenida, a pan endurecido, a la ceniza tibia que el fuego dejó atrás. Y una vez más, antes de que el sol termine de nacer, ella cruza la calle con paso firme, la escoba al hombro y los ojos abiertos de par en par, con esa entrega silenciosa que pertenece solo a quienes creen que cada mañana puede ser un inicio, y que la esperanza se manifiesta en los gestos más callados, en los comienzos que no hacen ruido.

Llega al umbral con la misma lentitud exacta de siempre, con esa precisión ritual que se reserva para los lugares sagrados, para los altares que no piden palabras, pero exigen presencia. Deja la escoba a un lado por un instante, se acomoda el cabello con las manos polvorientas, despega una hoja que se ha quedado pegada al hombro. Luego se arrodilla y comienza a barrer. El polvo se eleva apenas, dibujando remolinos suaves que el viento madrugador acaricia hasta deshacerlos.

Cada gesto es el mismo, pero algo en ella ha cambiado. No la calle, ni el cielo, ni la escuela. Cambió algo dentro, una corriente que por fin ha encontrado su cauce, un impulso nuevo que empuja desde lo hondo sin exigir, sin alzar la voz. Porque ahora, cuando barre, ya no

La hija del barrendero

limpia solamente un umbral ajeno, también parece estar abriendo el paso para sí misma, preparando el terreno para algo suyo, algo que aún no tiene forma, pero que ya la espera.

Y así, mientras el mundo vuelve a empezar, ella repite sus movimientos con la devoción de quien ya no necesita ser vista, ni recompensada, porque hay formas de decir “*estoy aquí*” que no requieren tinta ni palabras, pero que dejan huella igual.

No advierte enseguida que alguien se ha detenido a unos pasos. Solo cuando levanta la cabeza para sacudirse el polvo del rostro, ve la figura de una mujer: erguida, serena, con un bolso de tela al hombro y el cabello recogido bajo un pañuelo claro. No es una de las maestras que ha visto pasar tantas veces sin detenerse. Hay en su modo de estar una quietud distinta, una manera de ocupar el espacio sin urgencia, sin mandato. El bolso, lleno, parece guardar más historias que objetos; no solo contiene útiles, sino también fragmentos de vidas enteras que descansan allí, esperando ser contadas.

Su mirada no es blanda, pero tampoco hiera. Es una mirada que no necesita comprenderlo todo, pero que alcanza a ver. Y en ese ver sin palabras, en esa atención sin preguntas, hay una forma de respeto que la niña reconoce con el cuerpo entero, aunque no sepa aún cómo nombrarlo.

La mujer abre el bolso, rebusca con cuidado entre libros y estuches, y extrae una tiza blanca. Pequeña, intacta, limpia como un hueso al que el río ha pulido durante siglos.

La extiende en la palma abierta sin explicación. La tiza reposa allí como una ofrenda. Y no hace falta más. La niña no pregunta. solo mira ese fragmento blanco, frágil, y en él reconoce —sin saber cómo— que ha sido vista con la claridad de quien ofrece lo que reconoce valioso.

Extiende las manos con lentitud. Duda un momento. No por miedo, sino porque el temblor que nace ante lo verdadero siempre se siente en los dedos. La recibe en silencio. La sostiene entre el pulgar y el índice con una reverencia espontánea, temerosa de mancharla, con la sensación de que esa blancura frágil podría quebrarse bajo el peso de una mirada demasiado intensa. No sabe qué hacer con ella, porque nunca antes le ofrecieron nada. Solo le ofrecieron límites. Y esta, por primera vez, es una llave.

Mira la verja, esa reja oxidada que tantas veces fue frontera. Luego baja la vista a la tiza blanca, esa promesa leve que descansa en su mano. Y finalmente observa el suelo que tantas veces ha limpiado con ternura, ese suelo que ahora parece esperarla de otro modo.

Y entonces, sin palabras, sin que la mujer diga nada, sonríe.

La hija del barrendero

Apenas un pliegue en la comisura, una luz leve que asoma en los ojos, una alegría que no quiere aplausos.

Y si existiera una cámara, se quedaría ahí. En su rostro. En sus manos cubiertas de polvo. En la tiza blanca. En ese instante suspendido que no es promesa, pero sí, sin duda, una grieta de luz.

Epílogo

Nunca sabremos si la niña logró entrar en la escuela. Nunca sabremos si escribió su nombre en una hoja blanca o si firmó algún cuaderno con la letra que imaginaba cada noche al cerrar los ojos.

Pero, en verdad, eso no importa. Porque hay momentos que no necesitan un después para ser reales.

Ese instante en que una mano se abre y otra la recibe. Esa pausa en que el mundo, por un segundo, abandona su curso habitual. Ese gesto mínimo y blanco que alguien le ofreció sin palabras, y que ella aceptó sin preguntas.

Ese fue su comienzo.

Y los comienzos, incluso los más callados, incluso los que caben en la palma de una mano, siempre permanecen.

Derechos de autor

© 2025 Xavier Dueñas

Todos los derechos reservados.

Este texto puede compartirse y circular libremente siempre que se mantenga íntegro, se cite al autor y no se utilice con fines comerciales.

Para usos editoriales, educativos o de adaptación, contactar al autor a través de su página web: <https://xavierduenas.es>